

## **RANGO Y APARIENCIA. EL DECORO Y LA QUIEBRA DE LA DISTINCIÓN EN CASTILLA (SS. XVI-XVIII) <sup>1</sup>**

Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO

Universidad Autónoma de Madrid

### **Resumen**

Las estrategias de ascenso social por parte de los plebeyos no sólo se encaminaron al ingreso en la nobleza o en el clero acomodado sino que también podían orientarse a un espacio quizá más fugaz y efímero pero decisivo en la vida cotidiana: el consumo suntuario. Alquilar o poseer un coche, pasearse acompañado de criados, comer en vajilla de plata, vestir trajes de seda y lucir joyas aunque fuesen falsas eran comportamientos que permitían a los plebeyos competir simbólicamente con la nobleza de sangre en una pugna por la preeminencia en el escenario social. Las leyes suntuarias intentaron restablecer el orden jerárquico de la apariencia criminalizando el acceso al lujo por parte de los plebeyos.

### **Abstract**

The social promotion strategies of the plebeian not only were seeking the access to the nobility or to the clergy, but also they could be guided to an activity maybe more ephemeral but decisive in the daily life: the sumptuary consumption. To rent or to possess a car, to promenade accompanied of servants, to eat in silverware, get dressed silk suits and to carry jewels were behaviors that were permitting the plebeian to compete symbolically with the blood nobility in a struggle by emphasizing on the social stage. The laws against the sumptuary consumption attempt to re-establish the hierarchic order of the appearance, limiting the access to the luxury on the part of the plebeian.

1. Comunicación presentada a la sección «Estado é Iglesia en la creación de formas de estratificación social y profesional» del II Congreso Hispano-Luso-Italiano de Demografía Histórica celebrado en Savona (Italia) en noviembre de 1992. He optado por conservar el texto original de la comunicación sin modificarlo ni actualizarlo, manteniendo la impronta sociológica del argumento que era coherente con el carácter de la sección y del congreso. Los textos citados procedentes de los artículos de Daniela Frigo y Le Roy Ladurie han sido traducidos al castellano de las versiones originales en italiano y francés.

Laurencio: No ay quien se conozca y modere, conforme a su posibilidad y qualidad de persona, sino que todos quieren traerse con la autoridad, que los señores se traen; y quieren traer guarda como ellos, y tratarse con el regalo y blanduras que ellos: que ni dexan raxa ni seda que no se trayga tan comunmente agora, como en el buen tiempo frixa y sayal. Aliende de las hechuras de las ropas, que estan tan desaforadas, que cuestan tanto como ellas: y a vezes mas. Y no ha salido señor ninguno, con la invencion de vestidos (por costosa que sea) que en ocho dias, no sea comun a todos. Hasta las ropas de el levantar, que los señores vsaban por excelencia, no queda hombre de ninguna suerte sin ella.

Philipo: Y oxala se contentasen con esso, sino que quieren toda suerte de hombres, ymitar tambien a los mas principales, en los meneos, posturas, y afectaciones que hazen: y se quieren representar tan señores, y se empinan tanto como ellos. Y ha venido la policia (de que tanto se preciavan los antiguos y tanto la procuravan) a parar en burla y farsa: y los ciudadanos en farsantes. Porque representan y los juzgamos por el vestido, y denuedo cavalleros: y de a poco rato se muestran en sus tiendas pleveyos, y en contrataciones muy baxas.

(...)

Nicolao: Este inconveniente nasce tambien de la desigualdad de los trajes, que de verse los pleveyos y hombres llanos, tan adereçados como los cavalleros y señores, compiten con ellos: diziendo que no les deven nada, y que tan buena capa traen como ellos. Y en lugar de pagarles la reverencia, que les deven: esperan que ellos hablen primero.

Laurencio: A esse proposito, le acaescio al conde de Ureña viejo un donayre muy gracioso, con un bachiller que passo por su tierra, muy polido, con una ropa de chamelote, que en aquel tiempo, era la mayor gala de todas: passo par del conde, tres o quatro vezes, y aunque lo conocio, no le quiso hablar: el conde llamoslo y preguntole, quien era: y porque estando en su tierra, no le hablava. El señor bachiller: como lo vio tan determinado, atajose a todo y pidiole perdon. El conde dixo que no avia tenido el la culpa de su mala criança, sino su chamarra de chamelote: y hizosela desnudar y echar en el suelo: y el mismo conde con su cavallo la piso muchas vezes.

Laurencio: Justicia hizo el conde, y assi se avia de exequitar, en todos los hombres mal criados, y que no se comyden.

*Dialogos de Philosophia natural y moral, compuestos por el doctor Pedro de Mercado medico y philosopho, Granada, 1558, folios 172-176.*

## 1. UNA SOCIEDAD JERARQUIZADA EN EL RANGO Y EN LA FORMA

Las aproximaciones historiográficas al ámbito de la movilidad social durante el Antiguo Régimen se han venido centrando, por lo general, en los procesos de circulación interestamental (ennoblecimiento de comerciantes, financieros, consejeros y servidores del rey...) así como en los cambios de posición dentro de un mismo estamento. Sin embargo, se ha descuidado otro aspecto significativo en las sociedades de la Europa moderna: no es suficiente el acceso o el mantenimiento de un determinado rango, sino que es preciso materializarlo, hacerlo *real*, visible, mediante su configuración a través de formas apropiadas. El orden estamental se cimenta sobre una estricta correspondencia entre rango y forma. La confusión de las apariencias cuestionará es-

tos presupuestos de diferenciación social, provocando los intentos de restaurar el equilibrio amenazado por parte de las dos máximas instancias de autoridad y coerción: la Iglesia y la Corona.

Conviene, en este sentido, subrayar como la cultura del barroco fue primordialmente una cultura visual, en la que «no se intenta conceptualizar la imagen, sino dar el concepto hecho imagen»<sup>2</sup>. Las doctrinas, los preceptos sólo adquieren la fuerza de lo patente cuando se hacen visibles. La teoría de los tres órdenes traspasa los límites retóricos de la tratadística cuando los tres estados de la sociedad estamental (*Nobleza, Clero y Plebe*) se presentan como una realidad cotidiana visible, y por tanto, evidente<sup>3</sup>. Desde esta perspectiva, Norbert Elias señala: «la elaboración diferenciada de lo externo, como instrumento de diferenciación social —la representación del rango mediante la forma— es característica de la configuración general de la vida cortesana»<sup>4</sup>, apreciación extensible al resto de los estratos sociales. La *distinción* implica la manifestación exterior del rango, canalizada durante el Antiguo Régimen mediante el acceso a proporcionados niveles de lujo. Para aquellos que forman parte de los estamentos privilegiados, el consumo suntuario no es una mera opción, sino más precisamente una obligación que le impone su *status*<sup>5</sup>. El *decoro* exige una inmediata correlación entre el ser y el aparentar, deber al que hace referencia el lema *noblesse oblige*<sup>6</sup>. A este respecto, la noción de *decoro* está íntimamente vinculada al concepto de *honor*: ambos recogen el conjunto de obligaciones que conlleva la pertenencia a un estamento hegemónico, ya sea en relación a los otros miembros de un mismo estado como frente a los componentes de otros estamentos<sup>7</sup>. Georg Simmel, estudiando el fenómeno de la moda como consecuencia de la competencia simbólica de clases, indicaba ciertos paralelismos entre aquella y el honor, bajo un doble vertiente: unir, integrando en un grupo de iguales a los que siguen o conocen sus pautas; y diferenciar, como elementos de cierre frente a los advenedizos de los grupos considerados inferiores<sup>8</sup>. La moda, que durante los siglos XVI, XVII y XVIII tiene un marcado carácter suntuario, se convierte así en un valioso instrumento de diferenciación social. El universo de las

2. Argan, *La Europa de las capitales*, p. 23 citado por J. A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona, 1990, p. 501. Véase además el apéndice de dicha obra sobre el componente visual característico de la cultura barroca. También J. Revel se refiere al *triunfo de la apariencia* en «Los usos de la civilidad» en Ph. Ariès y G. Duby (comps.), *Historia de la vida privada*, 3, Madrid 1990, pp. 184-190.

3. Con respecto a la formulación de la teoría de los tres órdenes durante la plena edad media vid. el clásico estudio de G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona 1983.

4. Cfr. *La sociedad cortesana*, México 1982, p. 87.

5. Obligación que los monarcas imponen a la nobleza a través de diversas disposiciones incluidas en la legislación suntuaria, por ejemplo vid. *Novísima Recopilación de las leyes de España*, Madrid 1807, ed. facsímil BOE, tomo III, Libros VI-VII, p. 197.

6. Vid. N. Elias, *op. cit.*, p. 88 y ss.

7. Según el *Diccionario de Autoridades* decoro significa «honor, respeto, reverencia que se debe a alguna persona por su nacimiento o dignidad» o «honra, punto, estimación» (*Diccionario de la lengua castellana...*, III, Madrid 1732, p. 41). La reverencia asume un papel primordial en la teoría de los tres órdenes según el *Tratado de los Órdenes y Simples Dignidades* (1610) de Loyseau: mientras los inferiores deben manifestar reverencia a los superiores, éstos en correspondencia deben demostrar amor y *dilectio* a los inferiores a fin de conservar la jerarquía y la concordia de la comunidad (cfr. G. Duby, *op. cit.*, p. 32).

8. Véase G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona 1988, pp. 26-55.

formas debe expresar la jerarquía de una sociedad de rangos. Recordemos como caracterizaba un tratadista a su príncipe, el duque Carlo Emanuele I de Saboya: «*Ama la grandeza de los suyos; pero regulada por la simetría. Su Ducal magnificencia no admite parangón... Con semejante orden gobierna el Mundo, en caso contrario se destruiría, si la tierra quisiese elevarse, y girar en competencia con el Cielo*»<sup>9</sup>. Sin embargo, las pretensiones estáticas de esta cosmología cortesana que identifica ostentación y rango se verán cuestionadas por la irrupción de grupos sociales ascendentes.

¿Estos planteamientos también mantienen su vigencia dentro de la corona de Castilla? Como sucede en el resto de las monarquías europeas, en Castilla la nobleza y el clero procuran monopolizar el consumo suntuario para manifestar exteriormente su posición hegemónica. Los ricos trajes y joyas, la profusión de criados, los coches y caballos, la vivienda y los muebles, incluso las comidas, cumplen el cometido de expresar el rango, haciendo visible y reconocible la preeminencia. Max Weber ya apuntó esta hipótesis. «La necesidad de la ostentación, del brillo externo y de la pompa impresionante (...) proceden primariamente de la exigencia del prestigio estamental, considerado como un instrumento de poder para la afirmación del dominio mediante la sugestión sobre las masas»<sup>10</sup>. Concretando en la parcela de la vestimenta este afán de prestigio y distinción, el arbitrista Fernández Navarrete advierte que «*es justo que los trajes de los nobles se diferencien de los que han de permitirse a los plebeyos*», defendiendo el reconocimiento del *status* a primera vista con el fin de hacer operativa la jerarquía de rangos, objetivo que alcanza especial relevancia en lo que respecta a la cúpula de la pirámide de la sociedad estamental, el monarca. Fernández Navarrete recuerda «*como dijo el señor rey don Alonso, conviene que los reyes usen de vestidos preciosos, con que ostenten la majestad real y con que se diferencien de los demás: E los sabios antiguos establecieron que los Reyes vistiesen palos de seda con oro e con piedras preciosas, porque los homes los puedan conocer luego que los viesen a menos de preguntar por ellos*»<sup>11</sup>. Numerosos ejemplos abundarían en este proceso de cosificación suntuaria del rango<sup>12</sup>, siendo uno de ellos el antagonismo que adquiere el propio tejido de los trajes: la seda cubre los cuerpos nobles, de sangre alta, mientras que el paño se reserva a la baja condición. Es tal el proceso de identificación entre el lujo y el rango<sup>13</sup> que, dentro del orden de los *laboratores*, aquellos grupos plebeyos con crecientes ingresos monetarios no dudarán en seguir este atajo hacia el reconocimiento y el prestigio social (la preeminencia pública), forzando a los estamentos privilegiados a una ruinosa competencia suntuaria, y quebrando la ordenada simetría de las formas.

9. Cfr. V. Castiglione, *Statista Regnante*, Turín 1630, pp. 148-149 citado por D. Frigo, «L'affermazione della sovranità» en C. Mozzaelli (comp.), *'Familia' del principe, famiglia aristocratica*, Roma 1988, p. 324.

10. *Economía y sociedad*, México 1987, p. 844.

11. Cfr. P. Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXV, p. 519.

12. Valga como muestra de este proceso la exaltación del coche como símbolo de lujo y de posición social preeminente que plantea Lope de Vega en una de sus comedias al advertir «*¿Tienes coche? ¿Eres mujer de toldo y autoridad?*». Cfr. *Picaresca femenina*, de. A. Rey Hazas, Barcelona 1986, p. 404, n. 194.

13. En este contexto cobran pleno significado expresiones como *se vistió deste apellido* que utiliza Alonso Castillo Solórzano en *Las aventuras del bachiller Zapata*, ed. Madrid 1970, p. 25.

## 2. MOVILIDAD SOCIAL EN EL RANGO

La permeabilidad existente entre los escalonados estratos de la sociedad estamental, aún distando de la existente en la denominada *sociedad de clases*, es notoriamente mayor que la que se produce en un sistema de castas. Se puede afirmar que un cierto grado de movilidad, no general sino parcial e individualizada en determinados comerciantes, financieros, arrendadores de impuestos y oligarquías enriquecidas constituye un elemento consustancial a la organización por estamentos. Con todo, estos ascensos restringidos deben sortear las barreras del rango que Maravall designaba como los *principios de cierre del sistema*: los estatutos de pureza de sangre y de vileza (la ocupación en oficios *mecánicos*), siendo esta última exclusión la que afectaba a la gran mayoría de la población<sup>14</sup>. Ambas cláusulas bloquean teóricamente el ingreso en el entramado de corporaciones que podemos denominar como *complejo nobiliario*: las órdenes militares, los colegios mayores, junto a destacadas cofradías e incluso algunas órdenes religiosas. Con todo, un análisis más pormenorizado de la configuración de las noblezas en las ciudades y villas de Castilla probablemente ponga de relieve una mayor permeabilidad del estamento nobiliario, así como la complejidad de las trayectorias de ascenso de los que accedían al rango de la nobleza. En particular, la compra a la corona de cargos vinculados al gobierno municipal permitió la promoción social de grupos que no cumplían los requisitos ni de limpieza de oficios ni de pureza de sangre. Al no admitirse en Castilla una definición incontrovertida de nobleza durante los siglos XVI y XVII tuvo lugar una intensa pugna por delimitar en que consistía la *verdadera nobleza*. En este proceso de definir y acceder a una *identidad* nobiliaria entraron en juego tanto los márgenes de maniobra abiertos gracias a la venta por parte del monarca de cargos, hidalguías, feudos y títulos como la reacción defensiva de la antigua nobleza mediana al establecer cofradías que cerrasen sus puertas a los advenedizos.

¿Cómo se canaliza entonces el margen señalado de movilidad vertical? Una de las principales plataformas de ascenso social en Castilla era la compra a la corona de cargos vinculados al gobierno urbano. Otra de las vías posibles se produce gracias a la elaboración de padrones de hidalgos y pecheros en los municipios promovidos durante el siglo XVI por la Iglesia y la Corona. Las *probanzas* o pruebas de nobleza incluyen entre los requisitos exigibles para la verificación de la hidalguía aspectos como el prestigio social y la suntuosidad de las viviendas y mobiliario. A juicio de Domínguez Ortiz, más preciso que poseer un título regio (lo que era verdaderamente difícil) en las pruebas de hidalguía resultaba decisiva la comprobación del *vivir noblemente* acreditada por medio del testimonio oral<sup>15</sup>. También existían procedimientos más directos como la venta de privilegios de hidalguías por parte de la Corona que ya se registra durante el reinado de los Reyes Católicos, continuando bajo Carlos V y Felipe II con requisitos cada vez menos rigurosos a lo largo de la centuria. Durante el siglo XVII se constata un creciente desinterés en la adquisición de la hidalguía; de

14. Vid. J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid 1984, pp. 79-251.

15. *La sociedad española en el siglo XVII*, I, Madrid 1963, pp. 167-188.

hecho, el número de hidalgos permanece estable en los siglos XVII y XVIII<sup>16</sup>. Las causas podrían encontrarse en las ventajas que ofrece este primer estadio de nobleza: los privilegios penales y la exención de algunos impuestos parecen no compensar el desembolso de compra. Más importante era la obtención de prestigio social, con todas las oportunidades vitales que implica, y por entonces éste comienza a circunscribirse al escalón superior de los caballeros de las órdenes militares. De esta forma la venta de hábitos mantendrá su atractivo a lo largo del siglo XVII, siendo un recurso utilizado profusamente durante el valimiento del Conde Duque<sup>17</sup>. La adquisición de señoríos a la corona permitió a numerosas familias acceder a la condición nobiliaria de *señor de vasallos* y fue uno de los elementos cruciales a la hora de configurar un modo de vida noble por parte de los grupos ascendentes. En cuanto a la cumbre de la pirámide social, la venta de títulos y su concesión por parte del monarca para premiar servicios militares o 'burocráticos' fue en paulatino aumento desde el reinado de los Reyes Católicos hasta el de Felipe IV, llegando a duplicarse la aristocracia titulada castellana con Carlos II<sup>18</sup>. Hasta la misma grandeza, por supuesto mediante la compra, llegarán algunos hombres de negocios<sup>19</sup>. Por lo general, los estatutos de la nobleza nunca excluyeron del todo a determinados grupos sociales que aportaban ingresos frescos a la minoría privilegiada: los grandes comerciantes<sup>20</sup>, los asentistas reales, y los propietarios de fábricas de tejidos<sup>21</sup>. Las alianzas matrimoniales acompañaban este proceso de ascenso social. Sin embargo, no hay que olvidar que la forma de adquisición del nuevo rango ocasionaba una nueva diferenciación entre nobleza de sangre y nobleza de privilegio, homologándose en teoría ésta después de tres generaciones a la de sangre<sup>22</sup>.

Además de los procedimientos mencionados hay otras vías de ingreso en los estamentos privilegiados (las carreras militares, eclesiástica o las de los ministros, secretarios y oficiales de la corona...), pero conviene no dejar de reseñar la importancia de las estrategias matrimoniales. Frente al bloqueo estamental ocasionado con el *pacto endogámico* se levanta la práctica que Le Roy Ladurie denominaba *hypergamie féminine*: «una familia perteneciente a un grupo inferior, siendo rica en plata pero no en prestigio, ofrece gustosa una hija y una dote a un hombre de un grupo superior a

16. Según J. A. Maravall, *Poder...*, op. cit., p. 91.

17. Una perspectiva general en E. Postigo, *Honor y privilegio en la Corona de Castilla*, Valladolid 1988.

18. Entre otros véanse I. Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna*, Madrid 1987, pp. 39-42 y H. Kamen, *La España de Carlos II*, Barcelona 1981, pp. 410-412.

19. Como el asentista genovés Domenico Grillo que pagó por la grandeza 300.000 pesos de plata en 1691. Cfr. H. Kamen, op. cit., p. 413.

20. Vid. R. Pike, *Aristócratas y comerciantes. La sociedad sevillana en el siglo XVI*, Barcelona 1978, pp. 32-59.

21. En 1682 se promulgó un decreto real que establecía la compatibilidad entre el estatuto de nobleza y la condición de propietario de fábricas de tejidos.

22. Vid. I. Atienza, op. cit., p. 16.

23. Cfr. E. Le Roy Ladurie, «Auprès du roi, la Cour», *Annales ESC*, año 38, n° 1, 1983, pp. 21-41.

24. Algunas muestras de matrimonios desiguales de la aristocracia castellana no consentidos por los genitori en I. Atienza, «Nupcialidad y familia aristocrática en la Europa moderna», *Zona Abierta*, 43-44, pp. 100-101.

fin de obtener a cambio cierto prestigio»<sup>25</sup>. En la corona de Castilla coexistieron también la endogamia aristocrática con los matrimonios *desiguales* en estado<sup>26</sup>.

### 3. LA QUIEBRA DE LA DISTINCIÓN: COMPETENCIA Suntuaria Y CONFUSIÓN DE LAS APARIENCIAS

Todos los cauces mencionados que canalizaron la movilidad interestamental provocaron alteraciones de cierto alcance en la composición interna de la nobleza, en particular en lo que respecta a los caballeros, señores de vasallos y aristocracia titulada, incrementando de forma notable su número. Sin embargo, si se comparan los datos sobre la población total castellana y la evolución del porcentaje correspondiente al estamento de la nobleza las consecuencias de la denominada *inflación de los honores* en el conjunto de la sociedad castellana fueron limitadas, beneficiando este ascenso social a grupos muy reducidos. En cualquier caso, el contrastado aumento de caballeros y títulos tuvo lugar paralelamente a la pérdida relativa de prestigio de la hidalguía durante los siglos XVII y XVIII al igual que en los dos siglos anteriores había sucedido con los *escuderos*, reduciéndose el atractivo de este rango intermedio entre la aristocracia y el estado llano. Aquellos plebeyos que pretendían ascender en su *status* se veían compelidos a seguir una vía lenta hacia la nobleza de privilegio, con barreras interpuestas (la pureza de sangre, el rechazo de los oficios viles) teóricas pero nada despreciables. La promoción social siguió, de forma masiva, otro sendero. Max Weber consideraba que el estamento se fundaba en un específico modo de vida y en el prestigio que éste conllevaba<sup>25</sup>. Este planteamiento explica que la comprobación del *vivir noblemente* resultase, como ya indicamos, capital en las probanzas de hidalguía. Formulando a la inversa la reflexión de Weber, obtendríamos que la adopción de un determinado modo de vida permite el ingreso subrepticio en un estamento, accediendo a su correspondiente grado de prestigio social. Así lo explica Blumer al señalar que «los grupos de la élite social tratan de distinguirse mediante signos visibles tales como la vestimenta y el modo de vivir. Los miembros de las clases situadas más abajo que desean ascender en su estatus social adoptan estos signos distintivos»<sup>26</sup>. Los grupos sociales con pretensiones de promoción aprovechan a su favor la íntima conexión entre rango y forma, quebrando la distinción, confundiendo las jerarquías en la medida de sus posibilidades. Frente a la vía lenta del ascenso en el rango, se erige el atajo inmediato de la usurpación de los atributos del poder, de las señales externas que la minoría privilegiada ha intentado monopolizar para reconocer a sus iguales y diferenciarse de los demás. La configuración del orden estamental mediante una simetría regulada de las formas se verá seriamente amenazada.

#### 3.1. Teresa y Sancho: orden versus movilidad

La participación de los plebeyos en la competencia suntuaria cuestionaba uno de los presupuestos básicos de la sociedad estamental: la concepción de que cada estado, aun formando parte de un cuerpo común, nunca trataría de traspasar los lindes que tenía señalados. «*En la república hay diversos estados (...). Cada uno en su estado y*

25. *Op. cit.*, pp. 245-246.

26. Cfr. H. G. Blumer, voz *Moda*, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, I, Madrid 1976, p. 155.

*modo de vivir tiene orden y límite*»<sup>27</sup>. Este es el argumento de una clarificadora discusión entre dos personajes cervantinos: Sancho Panza comunica a su mujer la aspiración que tiene de convertirse en gobernador de una ínsula, casando altamente a su hija. Teresa rechaza esta perspectiva: «Medíos, Sancho, con vuestro estado, no os queráis alzar a mayores», identificando el posible cambio de rango con la adopción de una nueva forma: «casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a los chapines, y de saya parda de cartoceno a verdugado y saboyanas de seda... nos se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera»<sup>28</sup>. Ya hemos mencionado que la seda se reserva a la vestimenta de los nobles, siendo el palo el tejido de los plebeyos, que Teresa interioriza en un símil al propio origen *baxo* de su hija. En su respuesta, Sancho destaca la correspondencia entre apariencia externa y reconocimiento social del rango: «Cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos a la tal persona; la cual inonimia, ahora sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente»<sup>29</sup>. La apropiación de los signos visibles de distinción concita el prestigio social, la preeminencia pública. El consumo suntuario, que era utilizado como medio de autoafirmación estamental por los nobles, puede alterar su sentido inicial, sirviendo a los plebeyos como instrumento de promoción y ascenso.

### 3.2. *El consumo suntuario de los grupos ascendentes*

Financieros, comerciantes, ministros y oficiales regios serán los principales beneficiarios, tal y como ya hemos señalado, de una restringida movilidad en el rango, ingresando algunos de sus miembros en la nobleza titulada. Sin embargo, esta circunstancia no impedirá la práctica generalizada de la promoción por la apariencia, en algunos casos como obligación de manifestar su nuevo rango, y en los otros, que constituyen la mayor parte, como recurso para alcanzar ascendiente y reputación en su entorno social. El *vivir noblemente* de grupos sociales procedentes del estado plebeyo se reflejaba en multitud de aspectos, desde la disposición del enterramiento y las misas hasta en la fundación de un mayorazgo. Pero en lo que respecta a los espacios básicos del lujo pasemos a entrever los comportamientos de cada grupo.

Con respecto a los financieros, gracias a una liquidez monetaria notablemente superior a la que podían ofrecer las haciendas hipotecadas y vinculadas de numerosos títulos castellanos, los banqueros adoptaron un modo de vida en todo asimilado al de la nobleza acomodada. Según Sanz Ayán «no existía diferencia externa aparente entre unos y otros», consiguiendo llevar a cabo el propósito fundamental de toda competencia suntuaria<sup>30</sup>. La consecución de este logro supuso un cambio en el tren de vida: coches, casas en la ciudad y en el campo, vajillas de plata, joyas, esculturas, pin-

27. Cfr. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, de. Martín de Riquer, Barcelona 1987, p. 561.

28. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, II, Barcelona 1982, p. 517.

29. *Ibid.*, II, p. 520.

30. Cfr. C. Sanz Ayán, *Los banqueros de Carlos II*, Valladolid 1988, p. 476. Sobre los inventarios de bienes de los banqueros *ibid.*, pp. 472-475.



turas, tapicerías de Flandes, colgaduras de Damasco, ropa blanca de hilo de Holanda... ofrendas necesarias ante este triunfo de la apariencia que se impone en la sociedad castellana.

También los comerciantes cultivaron los signos externos de su adscripción al estado noble. Tomando como ejemplo la familia Cenique de Sevilla, «*los testigos en las pruebas de hidalguía aseguraban que se les conocían casas con ostentación de muchos criados y caballos, armas en las puertas de sus casas que ponen también en los entierros*»<sup>31</sup>.

En cuanto a los ministros togados la autoridad de los consejeros del rey se solían acompañar de un consumo suntuario elevado. Fernández Navarrete censuraba el lujo de los ministros al afirmar que «*no carece de misterio que el ministro que no tiene de gajes más que mil ducados gaste dos mil y haga palacios y funde mayorazgos*»<sup>32</sup>. Fayard nos ha detallado con minuciosidad en qué consiste este afán de aparentar que exige la pertenencia a una sociedad de honor: coches (todos los consejeros de Castilla tienen al menos un coche), gran número de joyas y plata labrada, alfombras, tapices, cuadros, muebles, vestidos y ropa blanca, y amplia servidumbre (de seis a quince criados como media, suponiendo sus salarios casi la mitad de los gastos totales)<sup>33</sup>. Se puede constatar como los signos visibles de prestigio son idénticos en todos los grupos en competencia, incluyendo también los que encontramos en los inventarios de la más alta aristocracia, como los duques de Alba<sup>34</sup> y de Osuna<sup>35</sup>. Un arbitrista castellano anónimo en tiempos de la regencia de Mariana de Austria atribuye a los togados y plumistas una parte importante de responsabilidad en la emulación a través de la profusión de coches, criados, sillas de manos, casas o, incluso comidas refinadas: «*Ruedan por Madrid más coches de quatro mulas, que los que había en toda España de dos cavallos aora 60 años, van en ellos con acompañamiento de criados y lacayos lo que por su puesto, y por lo que son pudieran contentarse con una mula (...) que (...) fuera más de los que tubieran sus padres. Las sillas y silleteros de que se contentaban en otro tiempo las señoras de más porte son oy comunes, y quizá más adornadas en casa de muchos togados, y plumistas con el acompañamiento de paxes y escuderos a cavallo para ir sirviendo a las que no parecieran mal por la calle a pie con una criada. Levantan sobervios edificios los que no tienen solar conocido, y se están cayendo las casas de los que tienen mil años há. Comen en plata los que ayer no tenían más hacienda, así de dónde les viniese que una caxón de Secretaria con quince, o Veynte escudos de sueldo (...). El gasto superfluo de chocolate, y bebidas, de sorbetes de Levante y Garapiñas (...) consume con lo que se quedaren sustentar las guarniciones de Flandes que andan pidiendo limosna*»<sup>36</sup>. Ésta era una más de miles de diatribas que se escribieron contra los advenedizos del lujo, ministros togados y también todo género de *plumistas*, es decir, los que desempeñan secretarías y escribanías en el gobierno de la monarquía.

31. Cfr. E. Postigo, *op. cit.*, p. 177 y R. Pike, *op. cit.*, *passim*.

32. *Conservación de monarquías*, *op. cit.*, p. 519.

33. Vid. J. Fayard, *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid 1982, pp. 407-446.

34. Archivo de la Casa de Alba (Palacio de Liria, Madrid), Alba, caja 24-2; caja 144-175; y caja 144-176.

35. Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), sección Osuna, O.C., legajo 616-49 y leg. 221-30.

36. Biblioteca Nacional, Madrid (en adelante BNM), Mss. 8180, manuscrito titulado *Achaques de la Monarquía*, f. 66.

Partícipes de la carrera suntuaria son también los hidalgos, forzados a compensar por otros medios la relativa pérdida de prestigio frente a los rangos superiores que sufren durante los siglos XVII y XVIII, proceso que tiene lugar con particular incidencia en el medio urbano. Fernández Navarrete se lamenta de que «*tampoco se contentan ya los hidalgos particulares con las colgaduras que pocos años antes adornaban las casas de los príncipes*», advirtiendo que «*es tan fuerte en España la emulación que, confundiéndose las clases y jerarquías, no hay hidalgo particular que porque su mujer no salga en peor coche que sus vecinas, no se anime con vana envidia al gasto á que no es suficiente su patrimonio*»<sup>37</sup>. Todas estas aseveraciones de los arbitristas, si bien interesadamente exageradas con el fin de justificar una rigurosa legislación suntuaria, han podido acreditarse en el examen concreto de inventarios de bienes (en testamentos, contratos matrimoniales, registros notariales diversos,...) pertenecientes a los grupos sociales mencionados. Las barreras del rango desviaron el empuje de la movilidad social hacia las formas externas, creando una estratificación social ficticia. A fin de cuentas, la nobleza *in commune reputatione et fama plerumque consistit*: «*Quien se porta como un hidalgo, ese es hidalgo*»<sup>38</sup>.

### 3.3. «*Ya lo mismo es cualquiera que cualquiera*» y el asalto al lujo por los plebeyos

Después de habernos aproximado a la competencia suntuaria entre los poderosos, cabe indagar sobre la actitud ante el lujo de la mayor parte de la población castellana: los plebeyos no enriquecidos, aprisionados en su *baxa* condición y a los que la debilidad de sus recursos materiales y de relaciones permite que se apliquen con todo rigor las cláusulas que impiden el acceso a la nobleza de las familias que hayan practicado oficios viles y mecánicos. Marginados de la promoción en el rango, entrarán en la batalla de las apariencias en la medida en que se lo permitan sus limitados recursos monetarios. Nuevamente deberemos distinguir muy diferentes situaciones, desde el labrador acomodado a los jornaleros, así como oficiales y aprendices en los gremios,... Sin embargo, todos ellos pueden compartir similares afanes, y buscar reconocimiento y prestigio dentro y fuera de su grupo social. Este comportamiento lo ejemplifica con persistencia el pícaro Trapaza al adoptar porte nobiliario mediante vestidos caros, caballo y alguna servidumbre. «*Hallábase nuestro Trapaza con dineros muchos... y así le pareció, con la moneda que tenía, entablarse a mayor esfera*»<sup>39</sup>. Las pretensiones plebeyas de ascender socialmente a través del lujo no se limitan al marco de las ciudades, extendiéndose a la vida rural, donde «el valor del individuo se juzgaba por la apariencia externa, por lo que no suponía ningún prejuicio mostrar signos de ostentación y lujo»<sup>40</sup>. Los labradores mejor situados serán los grandes protagonistas de este nuevo espacio de competencia, reflejado en un cambio de la cultura de la vivienda que llegan a construir en piedra y a amueblar, así como en los vestidos provocando la queja de las Cortes castellanas celebradas en Madrid en 1551.

37. *Op. cit.*, pp. 523 y 528.

38. Cfr. J. de Arce y Otalora, *De nobilitatis et immunitatis Hispaniae causis*, Granada 1553, citado por J. Fayard, *op. cit.*, p. 174 y pp. 192-193.

39. A. del Castillo Solórzano, *op. cit.*, p. 183.

40. Cfr. P. García Martín, *El mundo rural en la Europa moderna*, Madrid 1989, p. 141.

La enérgica censura de los arbitristas al estado llano nos puede llamar la atención sobre la emergencia de nuevos hábitos poco tranquilizadores para la minoría privilegiada. Sancho de Moncada en su *Restauración política de España* advierte cómo «quitan el lustre a los nobles, queriendo ellos (en los trajes) igualarlos los plebeyos, y son causa de grandes ofensas a Dios, que se cometen por alcanzarlos»<sup>41</sup>. La promoción por la apariencia disminuye la utilidad de los signos visibles en cuanto a la diferenciación jerárquica, confundiendo externamente los estamentos:

*Y de esto todo como la Marquesa  
goça la que el pescado, y carne pesa,  
que pervertido el orden, oy se ignora,  
qual sea la más ruin, qual la Señora.*

Los componentes de los estados no se conforman con el modo de vivir que tienen asignado, sobrepasando sus límites, quebrando la armonía teórica de los tres órdenes:

*No ay hombre que se ciña con su esfera:  
ya lo mismo es qualquiera que qualquiera,  
sin aver distinción*<sup>42</sup>

¿Cuál es el trasfondo real de estos retóricos lamentos de arbitristas y poetas?

Para adentrarnos en las posibles respuestas debemos previamente indagar en la mentalidad de las capas plebeyas, en sus actitudes ante el lujo. Frente a las nociones de *ahorro* y previsión del porvenir características de una hipotética burguesía naciente, la economía doméstica de los artesanos rurales y de los otros estratos afines no suele proporcionar los gastos a los reducidos ingresos. Comportamiento denostado como *irracional* desde una racionalidad burguesa, pero tal actitud según E. P. Thompson forma parte de una *cultura plebeya* en la que la conducta ante el lujo ostentoso se asemeja a la propia de los *hombres de rango*, los aristócratas<sup>43</sup>. Este curioso paralelismo determina que se produzca un consumo de artículos superfluos de forma no sólo coyuntural, sino también estructural, llegando al endeudamiento. A juicio de Kriedte, Medick y Schlumbohn el consumo de objetos de lujo era el medio de competición por excelencia, dentro y fuera de su grupo social<sup>44</sup>. A través del consumo suntuario se materializaban aspiraciones de ascenso social y de preeminencia. Un cronista alemán criticaba esta pauta del comportamiento plebeyo, censurando que «*hay muchos ejemplos de muchachas que lucen todos sus ahorros (en forma de alhajas) sobre el cuerpo (...) y de jóvenes que gastan sus escasos ahorros en un reloj de bolsillo, en hebillas plateadas, en una pipa de espuma de mar con adornos plateados*»<sup>45</sup>.

41. De. J. Vilar, Madrid 1974, pp. 195-196.

42. BNM, Mss. 3672, manuscrito titulado *Copia de una relación, corriente, y al uso, escrita a un Señor por un curioso de esta Corte, en que se refiere lo fantástico, y verdadero en los trages, y adornos della. Notanse las faltas, y las sobras; en quanto unos gastan lo que no tienen; y otros tienen lo que no gastan*, ff. 403-404.

43. Vid. el clásico artículo de E. P. Thompson, «Patrician society, Plebeian culture», *Journal of Social History*, 7, 1974, pp. 382-405.

44. P. Kriedte, M. Medick y J. Schlumbohn, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona 1986, pp. 101-113.

45. Cfr. N. V. Schwerz, citado por P. Kriedte *et alii*, *op. cit.*, p. 108.

Braun ha comprendido certeramente el sentido último de este proceder indicando que «no era el rango lo que determinaba el lujo, sino el lujo lo que determinaba el rango»<sup>46</sup>. La cultura plebeya tomaba parte de la pugna por el prestigio sirviéndose del significado simbólico de las mercancías. Examinemos la configuración precisa del mencionado *asalto al lujo* en la corona de Castilla.

Las peticiones de las Cortes castellanas se hacen eco de una creciente inquietud ante la adopción por parte del estado llano de los signos visibles de distinción. Aludiendo al exceso en trajes las Cortes celebradas en Valladolid en 1537 advierten que «*si ésto hubiera de ser en vestidos de caballeros, e señores, e personas ricas, e de renta, tolerables cosa sea: pero la nación de estos reinos es de tal calidad como se ve, que no queda hidalgo, ni escudero, ni mercader, ni oficial que no use de los dichos trajes*», a lo que añade Navarrete: «*Confusión que ha causado muchos daños en la república, por no diferenciarse el oficial mecánico del caballero noble*»<sup>47</sup>. La mayor parte de las censuras y críticas contra la confusión de los rangos y la quiebra de la distinción se valdrán de un arquetipo polémico sobre el que concentran sus diatribas: *la mujer del oficial*, máximo exponente del desorden de las apariencias<sup>48</sup>. Como indica Sebastián de Covarrubias: «*No es instituto mío tratar de reformaciones, pero notorio es el exceso de España en el vestir, porque un día de fiesta el oficial y su muger no se diferencian de la gente noble*»<sup>49</sup>. Conviene establecer las causas que originan que la descalificación del lujo plebeyo se dirija no contra los oficiales de los gremios en cuanto exponentes paradigmáticos de un estado llano al que se desprecia por sus ocupaciones viles y mecánicas, sino contra sus familias y, en particular, sus esposas. Nos adentramos así en las complejas relaciones entre lujo y familia. Durante el Antiguo Régimen la ostentación suntuaria no se exterioriza en su mayor parte por el *pater familias*, sino que la suelen manifestar mediante su entorno inmediato, ya sea familiar mediante las mujeres, hijos y criados, o material sirviéndose de coches, caballos y casas. De forma muy clara lo expresa Teresa Panza: «*Me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la corte, vendrá a ser conocido mi marido por mí más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: ¿Quién son estas señoras deste coche? Y un criado mío responder: –La mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria*»<sup>50</sup>. El lujo femenino, censurado como muestra de la frivolidad y vanidad de las mujeres, sería para Owen Hughes una «cuestión de hombres (...) que pagaban los prohibidos vestidos, cuyo esplendor reflejaba su estatus»<sup>51</sup>. Así, cuando procuradores en Cortes, arbitristas o clé-

46. Cfr. R. Braun, *Industrialisierung und Volksleben*, I, Eslendbach 1960, p. 115, citado por P. Kriedte et alii, *op. cit.*, p. 109.

47. Citado por Fernández Navarrete, *op. cit.*, p. 519.

48. Sobre la crítica a las pretensiones suntuarias de la *mujer del oficial* como tópico de la censura del lujo plebeyo cfr. A. Álvarez-Ossorio Alvaríño, «Leyes suntuarias y circulación de élites: el consumo suntuario frente a la sociedad estamental (siglos XVI-XVII)», en *Actas del I Congreso de Jóvenes Geógrafos e Historiadores*, Sevilla 1995, pp. 267-273.

49. *Voz vestidura*, *Tesoro...*, *op. cit.*, p. 1003.

50. Cervantes, *op. cit.*, II, p. 838. En este mismo sentido la relación manuscrita antes citada que se encuentra en BNM, Mss. 3672 censura los gastos excesivos en los vestidos de niños y, en particular, las galas de las esposas e hijas (f. 404).

51. Cfr. D. Owen Hughes, «Sumptuary Law and Social Relations in Renaissance Italy», en J. Bossy (de.), *Disputes and Settlements*, Cambridge 1983, p. 96.

rigos vituperan las costosas galas de las esposas e hijos de los oficiales artesanos, en realidad están repudiando las pretensiones de promoción social de éstos. Las Cortes de Madrid de 1551 asumen estos supuestos cuando piden al rey que se moderen los vestidos, prohibiendo los más finos tejidos y vestimentas a los oficiales que trabajen en *oficios de manos*, al igual que a sus mujeres e hijos, porque «*en todas las cosas deste reyno hay gran desorden, principalmente en llevar demasiado por hechuras, y la causa es que los oficiales y hombres que tienen tiendas visten assi a sus mujeres e hijos tan excesivamente que no puede ser sino que han de ganar mucho para poderlo sustentar, y los reyes pasados dieron orden en los trages según la diversidad de las personas*»<sup>52</sup>. Reclaman una jerarquización social del acceso al lujo, con el fin de evitar las tentativas del estado llano por asemejarse en la forma a la minoría privilegiada. Comentando los gastos excesivos en casas, Navarrete se lamenta de que «*ya las mujeres de los oficiales mecánicos tienen en las suyas mejores alhajas y más costosos estrados que las que los títulos tenían pocos años há*»<sup>53</sup>. Tópico recurrente como vemos, presenta la virtualidad de atraer nuestra atención sobre un fenómeno socio-económico, el consumo suntuario de la población plebeya, con una evolución e implicaciones aún bastante desconocidas. En definitiva, la retórica de la crítica del lujo plebeyo reiteró durante siglos algunos tópicos que sirvieron para legitimar las disposiciones de la legislación suntuaria. Al mismo tiempo, reflejaba el malestar de la nobleza baja y mediana ante el constante desembolso al que tenían que hacer frente para imponerse en la competencia en la apariencia frente a grupos de plebeyos.

La tendencia estructural a la adquisición de objetos superfluos que caracteriza la cultura plebeya presenta una doble vertiente: por un lado, dificulta en alto grado la consecución del ahorro indispensable para que estos grupos artesanales entren en la vía lenta de ascenso en el rango; pero por otro, al volcar sus recursos en una competencia inmediata por la ostentación, obliga a los estratos inferiores de la nobleza (aquellos hidalgos, e incluso caballeros, con mayores estrecheces económicas) a una pugna por el prestigio cuyo final puede llegar a ser la ruina. La irritación de estos sectores intermedios contra el asalto al lujo de los plebeyos era muy intensa, ocasionando conflictos cotidianos que, en determinadas coyunturas, pueden alcanzar mayor envergadura. Valga como ejemplo la carta que el Vicecanciller de Aragón envía al presidente del Consejo de Castilla en junio de 1669, participándole que ha recibido un alarmante anónimo. Según esta denuncia se estaba formando una compañía o motín de noventa mil hombres juramentados y repartidos por *las ciudades principales de España* (es decir, con un significativo carácter urbano), cuyo objetivo era *no dexar las harmas de las manos* hasta conseguir la restauración de España. Entre las seis exigencias de su programa hay dos puntos reveladores: «*lo 2, porque tenga coche quien lo pueda tener y no otri,... lo 4, que cada uno bista conforme a su estado*»<sup>54</sup>. Resta-

52. *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, tomo V, Madrid 1903, p. 557.

53. *Op. cit.*, p. 524.

54. AHN, *Consejos*, legajo 7179, carta anónima fechada en Valencia a 28 de mayo de 1669 que el vicecanciller Crespi de Valdaura refiere al presidente del consejo de Castilla el 6 de junio. Hay que tener en cuenta que estos rumores tienen lugar en un contexto político muy inestable, tras la jornada militar hacia Madrid encabezada por Juan José de Austria para imponer sus condiciones a la reina regente Mariana de Austria. Conviene subrayar como los signos visibles de distinción estuvieron presentes en diferentes conflictos de alcance en la corona de Castilla durante la edad moderna. Para ceñirnos al si-

blecer el orden de las apariencias con procedimientos violentos en toda la monarquía era una opción inviable; la minoría privilegiada recurrirá a otro medio, la legislación suntuaria, como reacción de la Iglesia y la Corona frente a la confusión visual de las jerarquías.

#### 4. LOS INTENTOS DE RESTABLECER LA DISTINCIÓN

##### 4.1. *La Iglesia: la censura de la vanidad*

La principal legitimación ideológica de la legislación suntuaria la realizará la iglesia católica, a través de una descalificación del lujo en el ámbito de los valores sociales. Los excesos en vestidos y galas son pecaminosos, pero la distinción de rangos constituye un precepto fundamental al que se llega a subordinar el amor filial: «*El papa Benedicto onzeno, que era nacido de gente humilde, viniéndole a ver su madre vestida con hábito de señora noble, no la quiso reconocer por tal hasta que bolvió con el suyo propio*»<sup>55</sup>. Ya hemos citado numerosas críticas a la confusión de jerarquías y al lujo plebeyo efectuadas por clérigos como Fernández Navarrete (capellán real, canónigo de Santiago y consultor del Santo Oficio) o Sebastián de Covarrubias (también capellán real, canónigo y maestrescuela de la catedral del Cuenca), que representan con fidelidad un estado de opinión igualmente reflejado en los sermonarios<sup>56</sup>. A la hora de cristalizar estos planteamientos en medidas concretas, el clero actuará como constante promotor de una legislación suntuaria cada vez más estricta: «*el santo cardenal Borromeo en el concilio Mediolanense exhortó a los principes que con leyes y pragmáticas rigurosas pusiesen límite, así en las comidas y banquetes, como en las galas, joyas, recámaras, coches, caballos, criados y los demás aparatos excusados*», propuestas semejantes a las que el concilio toledano eleva a Felipe II en 1565, exigiendo que se guardase «*con todo rigor la ejecución de las pragmáticas*»<sup>57</sup>. Sin embargo será el lujo femenino el blanco más frecuente de las admoniciones eclesiásticas<sup>58</sup>, considerándolo expresión de la *insaciable sed de vanidad de las mujeres*<sup>59</sup> causa de la ruina de muchas familias, y frívola complacencia en unos vestidos que son, en última instan-

glo XVII una de las condiciones que trataban de imponer los *plebeyos* sublevados durante la *alteración* de Sevilla en 1652 era «*que no circularán coches*», es decir, restringir o impedir algunos ámbitos de la manifestación exterior de la jerarquía social. Cfr. A. Domínguez Ortiz, *Las alteraciones andaluzas*, Madrid 1973, pp. 106-107.

55. Cfr. S. de Covarrubias, *op. cit.*, p. 1003.

56. Con respecto a estos tópicos de la crítica al consumo suntuario en los diálogos escritos durante el siglo XVI vid. L. Rodríguez Cacho, *Pecados sociales y literatura satírica en el siglo XVI: los Coloquios de Torquemada*, Madrid 1989, pp. 138-165.

57. Cfr. Fernández Navarrete, *op. cit.*, p. 516. Sobre la aplicación en Milán de la legislación suntuaria a partir de 1565 vid. E. Verga, «Le leggi suntuarie e la decadenza dell'industria in Milano, 1565-1750», *Archivio Storico Lombardo*, 1900.

58. En la *Novísima Recopilación de leyes de España...*, Madrid 1807, III, p. 192 y ss. se recogen las pragmáticas de 1723 y 1729 donde se encarece a los obispos y prelados frenar con celo y discreción los excesos y modas escandalosas de los trajes femeninos.

59. BNM, mss. 9149, *Memorial contra los profanos trages que se usan en estos tiempos en los Reynos de España* por el padre franciscano fray Joseph de Villalva predicador apostólico escrito durante la regencia de Mariana de Austria, ff. 59-76, cita f. 59.

cia, penitencia divina impuesta como castigo por el pecado original<sup>60</sup>. De forma paralela a esta reprobación del lujo, la ostentación suntuaria alcanzará sus cotas más altas en las ceremonias y rituales de la iglesia. La legislación suntuaria siempre regulará esta salvedad: sus restricciones no afectan a «*cosa alguna de las que se hicieren para el servicio del culto divino, porque se podrán hacer de qualquier calidad y hechura libremente y sin pena alguna*»<sup>61</sup>. Oro, plata, piedras preciosas se utilizarán durante el Antiguo Régimen con profusión en la indumentaria solemne de los clérigos, así como recubriendo los espacios sagrados, estimulando la sugestión de los fieles.

#### 4.2. La Corona: el auge de la legislación suntuaria

La autoridad real, a través del consejo de Castilla y las justicias locales, tratará de restablecer la simetría de las formas amenazada por el acceso plebeyo al lujo<sup>62</sup>. La ostentación externa debía ser consecuencia del rango, y no de los recursos monetarios aplicados a esta finalidad. El ideal perseguido era la consecución de un orden estático, frenando la competencia suntuaria promovida por los plebeyos, consiguiendo así que «*con menos trajes las personas de calidad se contentaran, porque hasta aquí por diferenciarse unos a otros se han ydo aventajando en trajes y gastos*»<sup>63</sup>. La característica más notoria de la legislación suntuaria es la férrea jerarquización social del lujo que conllevan sus disposiciones. Las Casas Reales están exentas de cualquier limitación, mientras que a los Grandes se les permite el doble de lacayos y *hachas* que al resto, obteniendo con facilidad licencias para exhibir objetos prohibidos<sup>64</sup>. La diferenciación externa entre la seda y la lana o paño debe expresar la distancia existente entre la sangre alta de los nobles y la baja de los plebeyos: «*Oficiales y Menestrales de mano, Barberos, Sastres, Zapateros, Carpinteros, Evanistas, Maestros y Oficiales de coches, Herreros, Texedores, Pellejeros, fontaneros, Tundidores, curtidores, Herradores, Zurradores, Esparteros, Especieros, y de otros cualquier oficios semejantes a estos, o más baxos, y obreros, labradores y jornaleros no puedan traer ni traigan vestidos de seda, ni otra cosa mezclada con ella; y que sólo puedan vestir y traer vestidos de paño (...) o cualquier género de lana, sin mezcla alguna de seda*»<sup>65</sup>. La mezcla de tejidos finos y bastos es delito, porque denotaría una desordenada unión de sangres desiguales. De igual manera, se prohíbe el uso de los coches a *algunas personas que por sus ministerios no deberían tener caudales para mantenerlos*: «*Alguaciles de la Corte, Escrivanos de Provincia, y Numero, (...) ni Notarios, Procuradores,*

60. Vid., entre otros, el tratado de P. Galindo, *Verdades morales en que se reprehenden y condenan los trages vanos, superfluos y profanos... mayormente los escotados deshonestos de las mujeres*, Madrid 1678.

61. *Novísima Recopilación*, op. cit., tomo III, p. 199.

62. Sobre la legislación suntuaria en España durante el Antiguo Régimen Jesús Lalinde Abadía ofrece una primera y sugerente aproximación limitada a los vestidos en «La indumentaria como símbolo de la discriminación jurídico-social», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIII, 1983, pp. 583-601.

63. *Cortes de los antiguos reinos...*, op. cit., V, p. 557.

64. Las prerrogativas de los Grandes se detallan en *Nueva Recopilación...*, II (de facsímil Valladolid 1982), f. 196; y en *Novísima Recopilación...*, op. cit., III, p. 199. Con respecto a las licencias concedidas a los aristócratas véanse AHN, *Osuna*, leg. 1977 y *Actas de las Cortes de Castilla*, tomo LIV, Madrid 1936, p. 481.

65. AHN, *Inquisición*, legajo 3583, n.º 32: *Pragmática sobre trajes, coches...*, año 1691, artículo 18.

*agentes de Pleitos y de negocios, ni los arrendadores (...) ni los Mercaderes con tienda abierta, ni los de lonja, Plateros, Maestres de Obras, (...) Maestros, ni Oficiales»,* ya que es *«justo hacer distinción de las (personas) que pueden usar de ellos (los coches) por su decencia»*<sup>66</sup>. Y aunque, en otros casos, la restricción afecta a *cualquier persona de cualquier estado y calidad, y preeminencia que sean*, esta fórmula tópica aparentemente universal se verá invertida en el momento de fijar las penas, las cuales *«no pudiendo ser iguales, por deberse considerar para la imposición la calidad y grado con que se hallare el trasgresor»*<sup>67</sup> reconocen los privilegios del rango: los castigos más duros como destierro, galera y presidio recaen sobre los oficiales que han fabricado o vendido los objetos prohibidos, no sobre los nobles que los utilizan.

Con todo, la exigencia de decoro y la coherencia entre el rango y la forma también se extiende a aquellos nobles que olvidan sus obligaciones. Ante *«el abuso de disfrazarse día y noche varias personas de distinción, con degradación de su clase, con unos capotones pardos burdos (...) muy sobrepuestos de labores ridículas pespunteadas (...) con embozo de bayeta u de otra tela equivalente, y que este traje en Castilla sólo lo han usado los gitanos, contrabandistas, toreros y carniceros, con quienes se equivocan las personas de distinción que los usan»* una Real Orden de 1784 les conmina a vestir con el traje propio de su rango bajo pena en caso contrario de ser arrestados<sup>68</sup>.

Como último aspecto fundamental de la legislación suntuaria, se prohíbe el alquiler de coches, caballos, y criados y lacayos (para estos últimos sólo se permite por meses, nunca por días); así como tampoco se pueden llevar piedras falsas. La prohibición de la bisutería y la limitación del alquiler de coches, criados y lacayos dificultaba la irrupción del estado llano en la esfera del lujo aparente. La finalidad de estas medidas era clara: impedir el lujo plebeyo, restablecer la distinción.

66. AHN, *Inquisición*, leg. 3583, n.º 32, art. 15.

67. AHN, *Inquisición*, leg. 3583, n.º 23, *Pragmática... sobre la reformatión del exceso de trajes, lacayos y coches*, año 1674, artículo 21.

68. *Novísima Recopilación...*, op. cit., III, p. 193, Real Orden de 5 de mayo de 1784.